XXII.

Clara Beuvret no se hizo esperar largo tiempo, á pesar de que tuvo que vestirse de pies á cabeza. Se puso un sombrero lindísimo que había acabado de recibir, un vestido de primavera, y unas botitas que hacían resaltar su encantador piececito. Parecía que tenía preparada esta *toilette* para el día que volviera á ver á Armando Le Forestier, y que no ignoraba que no había de hacerse esperar mucho este día.

—Vamos, papá; ven, que no vamos á llegar al tren.

Salieron inmediatamente, yendo uno al lado de otro hasta el camino de hierro, mirándose á hurtadillas y sonriendo maliciosamente. Beuvret encontraba hermosísima á su hija, embellecida por la animación que la alegría daba á su semblante, y á su vez ella encontraba á su padre rejuvenecido, tan rejuvenecido, que mientras esperaban la salida del tren, no pudo contenerse, y le dijo:

—Te aseguro, padre mío, que hoy no representas más de cuarenta años.

—Tengo, sin embargo, muy cerca de cincuenta.

—Nadie lo diría....: no estás encorvado; llevas levantada la cabeza....; en una palabra: me gustas mucho, padre mío.

—Porque te llevo al boulevard Haussmann, —dijo Beuvret sonriendo.

Su conversación fué interrumpida por la parada del tren; pero el contento, la alegría de Clara no la habían hecho exagerar los cumplimientos que había dirigido á su padre. Estaba verdaderamente rejuvenecido, cambiado por completo. Su decisión, tomada después de tantas vacilaciones, de tantas dudas, le había librado de una preocupación tan grande, que se sentía ahora mejor, más á su gusto, y le parecía que respiraba con más libertad.... Además, el temor de mostrarse en público, de ser reconocido por sus cómplices, había desaparecido. Ahora podían encontrarle, verle; ya no le importaba, puesto que sabían todos los secretos de su vida...., y ¡hasta los de su hija! Sí; ¡hasta el amor de la niña había sido conocido y explotado por aquellos hombres! Esto era, más que nada, lo que le devolvía las fuerzas de la juventud y hacía hervir su sangre. ¡Iba á vengarse de aquellos infames! Ya no dudaba de ello, sonriendo á esta idea ya preparada; y como para llegar á ella necesitaba destreza y vigor, se enderezaba todo cuanto

podía, para hacerse la ilusión de que era más joven y más fuerte.....

.....

Una vez que llegaron á París, el señor de Beuvret y su hija se encontraron á los pocos minutos en el boulevard Haussmann.

Juana du Chlatel no había salido todavía, y ella misma fué la que abrió la puerta á sus visitantes, lanzando un grito de sorpresa.

—Sí, somos nosotros (dijo Clara, abrazándola; y añadió á su oído): tengo muchas cosas que contaros.

—¿Buenas?

—Sí; creo que deben ser muy buenas, puesto que estamos aquí.

—¿Está en casa el doctor du Chatel y podrá recibirme, señorita?—preguntó el señor de Beuvret.

—Sí, señor. Voy á avisarle. Tened la bondad de pasar al salón.

La siguieron, y cuando Clara se encontró en la habitación en que acababan de introducirles, todo lo halló bonito y de buen gusto: los muebles, la guarnición de la chimenea, los cuadros. ¡Estaba en una disposición de espíritu, en que la crítica es imposible, y sólo es permitida la admiración!.....

.....

El doctor du Chatel entró, guiado por su hija,

que, aunque quería hacerle creer que marchaba solo y sin ayuda, le dirigía suavemente á derecha y á izquierda por entre los muebles hacia sus amigos.

—Padre, aquí tenéis al señor de Beuvret.

—¿Qué necesidad tienes de decírmelo? (murmuró.) ¿Acaso no veo? Al oirte, cualquiera creería que estaba verdaderamente ciego....

—Buenas tardes, mi querido colega.... Á los pies de la señorita Clara,—añadió inclinándose delante de la joven, á quien más bien adivinaba que veía.

El señor de Beuvret se aproximó al Doctor, y le dijo:

—Quisiera hablar un instante sólo con vos.

—Bueno; pues nada más fácil....: así como así, á estas niñas les vendrá bien ir á charlar á su gusto á otra habitación.

—Ciertamente,—dijeron las dos á un tiempo.

—Ya estamos solos, y os escucho, mi querido amigo....; y tengo como un presentimiento de que vamos á entendernos mejor hoy que la última vez.

—Así lo creo. Vuestras palabras me han dado mucho que pensar, y me han hecho que reflexionara despacio.... Me habéis acusado de egoismo paternal, y me habéis dicho que sacrificaba la felicidad de Clara á mis goces íntimos y al placer de guardarla para mí.

—Eso lo habéis reconocido vos mismo.

—Porque no tenía mejores razones que daros para no conceder al señor Le Forestier la mano de mi hija.

—¡Ah! ¡Por fin confesáis!....

—Confieso que he exagerado tal vez ciertos temores.

—¡Exagerado nada más! ¡Pues qué! ¿subsisten todavía? Cuando me han anunciado vuestra visita, esperaba que esos temores se habrían borrado para siempre.

—Vuestro hijo adoptivo puede hacerlos desaparecer.

—¿Queréis que le avisemos para que venga?

—Precisamente iba á rogároslo.

XXIII.

El doctor du Chatel había llamado á su hija para que mandase un recado al señor Le Forestier, diciéndole que viniera á su casa, y Juana se había apresurado, como pueden imaginarse nuestros lectores, á cumplir este encargo.

—¿Creéis que le encontrarán?—preguntó vivamente Clara á su amiga cuando acabó de dar la orden.

—Estoy segura. No sale nunca antes de las tres, y, además...., tiene una cita hoy.

—¿Con quién?

—Con.... mi Capitán,—añadió sonriendo.

—¿Está en París?

—Sí, desde ayer noche.... Ha pedido una licencia, y quiere pedir su separación del ejército, para que mi padre consienta en que se case conmigo, pues así no tendrá aquellos escrúpulos.... Dice que encontrará un empleo, y que cuando nos casemos, trabajará mucho.

—Está muy bien pensado todo eso.... Creo que seréis tan dichosa como yo soy, ó, por mejor decir, como espero serlo.

—Sí, estoy orgullosa de sus sacrificios, de su cariño....

—Vamos, decidlo claro, puesto que ahora estamos solas: de.... su amor.

—Como queráis; pero no me habéis dejado concluir.... Armando no aprueba la separación, y le ha dicho que se aguardase....

—¡Siempre aguardar!

Juana fué interrumpida por su amiga, que con el oído alerta desde hacía unos minutos á todos los ruídos, acababa de oir llamar, y exclamó:

—¡Ya está aquí!

.....

Era, en efecto, Armando Le Forestier el que había llamado, y al que introdujeron inmediatamente en el salón donde estaban el Doctor y el señor de Beuvret. Este último, al verle muy emocionado, salió á su encuentro, y le dijo:

—He sido yo, querido amigo, el que acabo de expresar al Doctor el deseo de veros, y de hablaros algunos instantes, para lo cual me ha parecido bien que nuestra conversación tuviese lugar delante del que amáis y respetáis más en el mundo.

—La idea es excelente, caballero, y os doy las gracias por ella,—respondió Armando, con voz temblorosa.

—Desde luego (replicó el señor de Beuvret),

permitidme dirigiros una pregunta: este verano me habéis hecho el honor de pedirme la mano de mi hija.... Algún tiempo después, á mi regreso á París, esta petición fué renovada en cierto modo por el doctor du Chatel....; pero ya han transcurrido algunos meses desde que esto pasó, y vuestras ideas pueden haber cambiado, podéis haber sido herido por mis vacilaciones...., y es natural que yo desee saber....

No pudo acabar, porque Armando le detuvo con estas palabras, dichas esta vez con voz entera:

—Caballero, tengo el honor de pedir de nuevo la mano de vuestra hija, la señorita Clara de Beuvret.

—Pues bien....: á mi vez os respondo, mi querido amigo, que mi mayor placer sería poder concederos lo que pedís; pero antes querría saber si podremos entendernos en una cuestión á que voy á someteros.

—¿Estorbo?—preguntó el señor du Chatel.

—De ningún modo, Doctor; y os ruego, por el contrario, que os quedéis con nosotros para dar vuestro parecer.

—Entonces vamos á sentarnos (dijo el Doctor), porque estar tanto tiempo de pie, será muy bueno para este muchacho; pero para mí....

El Doctor indicó un sillón á su amigo, y él se sentó en el sofá al lado de su hijo adoptivo. El

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

señor de Beuvret volvió á tomar la palabra, dirigiéndose á la vez á ambos.

—Ya conocéis el verdadero motivo que ha retardado mi consentimiento. Temía que al dedicaros á esas pesquisas que habéis tenido á bien confiarme, abandonaseis á mi hija. Esos temores no han desaparecido; pero creo haber encontrado un medio para casi evitarlos, es decir, de disminuir el peligro que podían correr los dos esposos...., admitido el matrimonio.

—Veamos,—dijo el Doctor.

—Voy á haceros una pregunta (continuó el señor de Beuvret, dirigiéndose ahora sólo á Armando Le Forestier); quisiera saber hasta dónde debe extenderse vuestra venganza.... Me habéis dicho, y yo he leído en los periódicos, que se sospechaba que habían tomado parte tres personas en el asesinato.... ¿Pretendéis castigar á los tres? ¿No hay en vuestro pensamiento una excepción para alguno de ellos?.... Quiero hablar de aquel que se fingió criado.... De Antonio Guiraud.... ¿No os parece que merece alguna piedad por la restitución de la suma robada, y por su arrepentimiento, que parece tan sincero, en la carta que habéis recibido de él, y que os habéis servido enseñarme?.... Además, creo que ha protestado contra el asesinato, y dice que trató de defender á vuestra madre, salvándoos á vos la vida.

—En efecto (dijo Armando Le Forestier); tendría indulgencia con este hombre, si pudiera encontrar á sus dos cómplices.

—¿Os contentaríais con castigarlos á ellos solos?

—Sí.

—Permitidme que os pida que me lo prometáis...., que me empeñéis vuestra palabra....: en la situación á que hemos llegado, querido amigo, creo que tengo derecho á ello.

—Os doy mi palabra de perdonar al que se hizo llamar Antonio Guiraud, si llego á encontrar y á castigar al hombre que, según todas las probabilidades, dirigía el crimen, y al miserable que mató á mi madre con sus propias manos.

—Bien....: habéis comprendido mi idea, ¿no es eso? Vuestras pesquisas serán ahora más limitadas, y vuestra venganza más precisa....; de manera que si llegaseis á encontrar á los dos principales cómplices, todo habría terminado, y quedaréis satisfecho.

Se detuvo un instante, como si buscase lo que quería decir; pero, en realidad, para tomarse algún tiempo para dominar su emoción, y después continuó:

—Aún voy á haceros otra pregunta...., la última.... ¿Qué pena habéis resuelto imponer á los dos asesinos?

Armando Le Forestier respondió con voz firme:

—La pena del talión, es decir, la muerte.

—¿Estáis enteramente resuelto?

—Sí; enteramente.

—¿Pronunciáis una condena á muerte?

—Tengo derecho á pronunciarla.

—Bueno, bueno; es asunto de conciencia, en que nadie puede intervenir....; pero ahora el peligro está bien definido. Sé lo que queréis...., dónde vais...., hasta dónde llegaréis...., y acepto para mi hija todas las consecuencias de la situación.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!

—Permitidme aún.... Os he hablado de ciertas condiciones que quería poner para mi consentimiento definitivo, y no las conocéis todavía.

—Decidlas, señor; decidlas.

—Mi hija (replicó Beuvret) se ha ocupado mucho en estos últimos tiempos de vuestras pesquisas é indagaciones. Esto la conmueve y la altera más de lo que conviene, y yo deseo que si ha de ocuparse de estas cosas más tarde, tenga al menos una temporada de descanso, para lo cual os pido que, desde hoy hasta dentro de seis meses, no la habléis jamás de vuestros proyectos, y hasta no os ocupéis de ellos vos mismo.

—¿Pero ignoráis tal vez que tengo esperanzas (dijo Armando), que creo estar en el buen camino?

—No tengáis cuidado, que no abandonaremos ese camino, sino, al contrario, le seguiremos....

He estudiado mucho vuestro asunto; le conozco á fondo, y mis largos estudios en todas materias me han hecho hábil para penetrar ciertos misterios, por lo cual pienso ayudar al señor Roberto du Chatel con mis consejos.

—¡Cómo! ¿Vos?

—Sin duda.... Al daros mi hija, entro en vuestra familia, participando de sus goces y dolores, asociándome á sus odios.

—¡Oh, señor!

—Está convenido; concederéis una prórroga de algunos meses á los dos, á los dos criminales....; pero como si os quedaseis entre nosotros no podríais menos de querer intervenir para aconsejarnos y dirigirnos, os ruego, además, que emprendáis un viaje con vuestra mujer al día siguiente de la boda.

—¡Es muy justo! (exclamó el Doctor.) ¡Y yo que le acusaba de egoismo! Acepta, Armando. Todas esas condiciones son razonables.

—Acepto, padre mío (dijo Armando con alegría); pero el señor de Beuvret me ha de permitir una pregunta.

—Las que gustéis.

—Si cuando vuelva no habéis descubierto todavía á los que buscamos, ¿no tendré derecho?....

El señor de Beuvret no le dejó acabar.

—Ciertamente (le dijo); no es más que una temporada de descanso lo que os pido, y el de-

recho, como aliado, como padre de vuestra mujer, de ocuparme de vuestros negocios durante vuestra ausencia.... ¿Tengo vuestra palabra?

—¡Oh! Sí, señor.

—Pues bien: vos tenéis la mía...., y desde hoy podéis, cuando queráis, visitar nuestra casita de Auteuil, donde tendré el gusto de recibiros como á un hijo.

—¡Bravo! (dijo el Doctor frotándose las manos.) ¡Muy bien! Pero me da lástima que hablemos de todo esto sin que sepa una palabra la pobre interesada, que, aunque no dudará que estamos trabajando aquí por su felicidad, no lo sabe de cierto...., y estará intranquila.... Voy á buscarla.

Llegó casi hasta la puerta del salón, y dijo:

—¡Juana! ¡Ven con tu amiga!

Las dos amigas entraron, y Juana conducía á Clara, que estaba roja como una amapola, y no se atrevía á levantar los ojos del suelo para mirar á Armando, á pesar de lo mucho que deseaba verle.

—Armando, aproxímate, y dame tu mano derecha (dijo el Doctor); Juana, conduce á tu amiga hasta mi lado y pon su mano en la mía.... ¡Ah! ¡Cómo tiembla!.... Se comprende.... Ahora, hijos míos, con la autorización del padre número uno, yo, el padre número dos, uno estas manos que tengo en las mías...., y desde hoy tengo una hija más.

XXIV.

Preparaban el matrimonio, ó, mejor dicho, lo preparaba la familia du Chatel. Armando Le Forestier les había dicho: «Haced lo que queráis: os doy carta blanca, y un crédito ilimitado. Arreglad, ordenad, comprad cuanto gustéis, siempre que sea hermoso; porque yo no tengo tiempo para ello. ¡Paso á su lado en Auteuil, todo el día! ¡Hemos estado tanto, tantísimo tiempo separados, y tenemos tan agradables cosas que decirnos!»

Entonces el Doctor y su hija, á menudo Juana y Roberto, otras veces la señorita du Chatel con su antigua niñera, que había llegado á ser su señora de compañía, recorrían los almacenes, ó bien recibían en su casa á los comerciantes, á los almacenistas escogidos para confeccionar el equipo. Juana, sobre todo, hacía sus correrías á través de París, con un ardor, con una actividad comparables sólo á su alegría. Sí; era dichosísima por poder ser útil á su amigo Armando, al compañero de su infancia, y á la que él amaba.